



Los tres desafíos.

LOS TRES DESAFÍOS

Cuento infantil, sobre el valor de la amistad y la importancia del trabajo en equipo.

Érase una vez, en un pequeño pueblo rodeado de colinas verdes y campos de flores, vivía Paco, un niño albino muy curioso, tenía las orejas muy grandes y sus oídos agudos y por eso podía escuchar el más mínimo murmullo; sus pestañas parecían ser de oro y de los poros de su piel se disparaban vellos cual si fueran pequeños rayos del sol. No tenía amigos en el pueblo, porque pensaban que si lo tocaban se iba a desvanecer, así que siempre estaba solo, observando desde su ventana a los demás niños jugando. Internamente pensaba que le hacía falta alguien con quien compartir aventuras, más allá de los límites conocidos.

Muchos eran los que, al pasar por ese lugar, se detenían para admirar el bosque misterioso que nacía justo donde se encontraba la casa de Paco. En ese bosque, sucedían cosas muy extrañas, algunas muy buenas; otras no tanto. Debido a la cercanía y al hecho de no tener amigos, Paco muy a menudo se escapaba a ese misterioso lugar, donde encontró la solución al problema de su soledad. Se convirtió en amigo de todos los animales de aquel bosque; con cada uno de ellos tenía entendimiento, y ese era, el principal misterio. Ahí, Paco encontraba consuelo y compañía, diversión y aprendizaje porque fue conociendo la diversidad de flora y fauna que ahí habitaba. En ese ecosistema vivían criaturas tan peculiares como fascinantes, cada una aportando su propio color y misterio a la trama de la naturaleza. Todos excepto él, le temían a un felino acechador ya que era uno de los habitantes más astutos y sigilosos. Era un enorme gato montés que, con su pelaje moteado y mirada salvaje, representaba tanto el peligro como el respeto por la vida silvestre. Sabía cuándo atacar y cuándo retirarse, y su papel era crucial como guardián de los caminos sombríos bajo los árboles. Habitaban reptiles, pero también variedades de distintas mariposas y aves coloridas

que cantaban al amanecer; ciervos que vigilaban los senderos, conejos escondidos entre los matorrales y zorros curiosos que cruzaban entre la penumbra. También existían las pequeñas luminarias nocturnas, las cuales son mucho más que simples insectos; ya que constituían una verdadera comunidad de guías mágicas. El bosque misterioso, era en verdad un refugio de vida y de enigmas, donde cada criatura, desde el más pequeño insecto, hasta el más grande depredador, contribuía a la armonía y los desafíos de quienes se atrevieran a adentrarse en sus profundidades.

Cierto día, al salir a pasear, Paco escuchó un suave susurro entre el follaje abultado al pie de un imponente árbol. Eran unos gemidos que apenas los oídos agudizados del albino podrían percibir. Se acercó con cautela y detrás de un arbusto, encontró a Lola, una niña morena con ojos brillantes como estrellas. Al parecer tenía la misma edad que él, pero al verla, no pudo evitar que sus ojos se abrieran de tal forma que Lola, por fin pudo ver donde se encontraba y es que al adentrarse a ese lugar, parecía que no existía la luz, razón por la que Paco, era recibido con gran entusiasmo, ya que iluminaba a su paso, con el impecable color blanco de su piel y sus ojos brillantes coronados con pestañas doradas. La pequeña que estaba agazapada, escondiéndose precisamente del gato montés que la acechaba, sintió un gran alivio al ver aquel niño tan original. Los padres de Lola la habían abandonado por ser de color. Su ignorancia no les permitía saber, que los hijos podrían parecerse a los familiares de otras generaciones. Y Lola, había sacado a su abuela, una esclava africana que tenía la piel del color de la noche. Por eso estaba buscando un lugar en el bosque para refugiarse, tal vez un tronco grande y especial para construir una pequeña casita donde alojarse. Ese era su propósito. Pero había un pequeño problema; en aquel bosque también existía el peligro y ella lo comprobó cuando aquel felino se la encontró a su paso. Gracias al color de su piel, pudo

despistarlo, ya que en la oscuridad Lola era imperceptible, siempre y cuando no abriera sus enormes ojos brillantes.

—¡Hola! ¿Te puedo ayudar? —preguntó Paco algo temeroso. Él, jamás había visto a una persona de color y mucho menos que fuera totalmente diferente a él. Lola, al principio, dudó. Siempre había escuchado que los hijos de la luna, como les llamaban a los albinos, no podían ser amigos de las hijas de la oscuridad, pero la sonrisa de Paco, que alumbró con unos tenues destellos de luz el lugar, la hizo sentir tranquila. —¡Claro! Me gustaría mucho. No tengo donde refugiarme y estoy buscando un tronco grande para vivir. ¡Juntos podemos encontrar el mejor tronco! —respondió Lola, sonriendo tímidamente. Paco no lo podía creer, por primera vez en su vida, alguien de su edad se le acercaba y le pedía que trabajaran en colaboración para algo muy importante. Volteó hacia donde se encontraba el gato montés y con señas y maullidos le dijo que se fuera. Que aquella niña era su amiga y que no le hiciera daño. El gato montés levantó sus pezuñas y le maulló algo que solamente el albino entendía:

—¡Qué bueno que llegaste a tiempo porque ya venían los demás de la manada para ayudarme con este gran banquete! Dijo el felino y por fin se fue. Lola no daba crédito a lo que observaba, pero desde ese momento supo que serían grandes amigos.

Mientras buscaban el tronco perfecto, el bosque comenzó a llenarse de luces titilantes. Paco sabía que aquellos insectos eran muy especiales, por eso le dijo a Lola que no temiera, que ellas los guiarían por los senderos y laberintos del bosque. Eran cientos de luciérnagas que parecían hechas de pequeñas chispas vivas, revoloteando en el aire como diminutos farolillos mágicos. Sus cuerpos desprendían un resplandor cálido y tintineante, capaz de espantar la noche entre los árboles y guiar a quienes caminaban por los vericuetos, sin temor y con la esperanza de que lo cruzarían en caso de ser necesario. Algunas eran ágiles y

juguetonas, dibujando figuras de luz sobre el follaje, como bailarinas bien coordinadas, mientras otras, como la luciérnaga mayor, irradiaban una presencia sabia y serena, siendo las que tenían el don de la verdad por su gran experiencia en las vicisitudes de los días pasados; su luz era más intensa y sus palabras, envueltas en misterio, ofrecían consejo y refugio al necesitado. Estas criaturas no solo iluminaban la oscuridad, sino que también custodiaban secretos ocultos y caminos, guiando a quienes demostraban valor y amistad verdadera. Al verlas que danzaban entre los árboles, iluminando el camino, Paco y Lola decidieron seguir la luz que emitían para ver hasta dónde los llevaría la aventura. De pronto, llegaron a un claro donde todas formaban un círculo alrededor de un gran tronco caído. En el centro, había una luciérnaga mayor, quien le habló a Paco con voz suave y misteriosa: —¿Quién es ella y por qué anda por estos lugares? Con un tse-tsé el niño le explicó su situación y le pidió ayuda. —Si quieren encontrar el tronco especial, —dijo la luciérnaga mayor—deben superar el reto de la amistad. Eso que en estos tiempos es demasiado difícil de lograr. Tendrán que trabajar juntos y confiar el uno en el otro para resolver tres acertijos.

Paco le explicaba a Lola la propuesta y ambos se miraron, emocionados por el desafío. Decidieron hacer equipo y demostrar que, sin importar las diferencias, la amistad podía crecer fuerte, alegre y duradera. —Cada uno de estos tres desafíos resueltos por el trabajo en equipo que deberán realizar, les irán abriendo puertas hasta encontrar lo que buscan.

La luciérnaga les mostró un arroyo que dividía el bosque en dos. Para cruzarlo, tenían que construir un puente con troncos de madera y piedras. Lola era hábil saltando y trepando entre las piedras y máxime cuando estas eran voluminosas, mientras que Paco con sus oídos detectaba el crujir de la madera y seleccionaba la mejor y más resistente.

—Si juntamos mis saltos y tu agudeza auditiva, ¡lo lograremos! —dijo Lola. Paco colocó los troncos que encontraba y Lola con su agilidad les acomodaba piedras para que no se fueran con la corriente del arroyo. Pronto, el puente estuvo listo y ambos lo cruzaron, sonriendo y satisfechos por el trabajo logrado en equipo. Se tomaban un descanso y Paco le preguntó a la hermosa negrita los motivos por los que sus padres la habían abandonado. Ella muy triste, bajando la mirada, y con voz suave como el susurro de las hojas mientras que sus ojos reflejaban la tristeza de un recuerdo lejano, pero también un brillo de esperanza, le dijo: —No sé por qué mis padres me dejaron —mintió—. A veces pienso que se perdieron en el bosque y ya no pudieron volver. Otras veces, creo que simplemente la vida los llevó por otro camino. Me dolía mucho al principio, pero este bosque y sus criaturas me están enseñando que, aunque a veces nos sentimos solos, siempre hay alguien dispuesto a dar una mano, o una luz, como las luciérnagas. —Ella no quiso decirle la verdad porque su nuevo amigo también era diferente y no quiso hacerlo sentir mal. Paco le sonrió y le tomó la mano con cariño. —Aquí, entre amigos, nunca más estarás sola —le prometió. El ánimo de Lola se iluminó un poco, y ambos dos, supieron que confiar en alguien más, les daría la fuerza para seguir adelante con las pruebas del bosque.

Al otro lado del arroyo, escucharon el ulular de un búho quien vivía bajo el dosel de las hojas que se mecían despidiendo un sutil aroma a menta, eran eucaliptos que besaban los cielos mientras susurraban al viento. Era un búho muy singular, guardián nocturno y sabio. Sus plumas, amplias y aterciopeladas, mezclaban tonos de gris y marrón con destellos dorados que relucían como hilos de luna. Sus grandes ojos, redondos y profundos, parecían contener el misterio de la noche y la serenidad de quienes han observado mil historias ocurrir bajo las estrellas. Este búho, más que un ave, era el guardián de los sueños, de las palabras y

las pruebas. Silencioso y atento, observaba desde lo alto de una rama de un eucalipto detectando cada movimiento entre las sombras y escuchando los secretos apenas perceptibles en las crujientes cortezas de las arboledas del bosque. Cuando ululaba, su canto resonaba como una melodía que invitaba a la magia y al valor; era un sonido que hacía temblar las hojas y despertaba la imaginación de quienes se atrevían a responder. No era un búho común: en su pecho llevaba una pequeña insignia dorada, símbolo de su papel como portador de dones. Solo quienes demostraban unión y respeto podían ganarse su confianza y recibir de su pata una de las plumas doradas, fina y brillante, que encerraba la promesa de nuevas aventuras. Era reservado pero respetuoso con quienes lo buscaban, entendiendo que en ocasiones la vida te pone pruebas increíbles, de esas en donde se requiere el trabajo de dos, porque el que vive solo, y quiere hacer las cosas sin ayuda difícilmente progresa.

El desafío era que tenían que imitar su canto para que les regalara una pluma mágica. Paco trató de imitar el ulular del bello ejemplar, pero solo consiguió un ridículo sonido que logró sonrojarse. Pero Lola, con su voz suave, ululó como el búho y le enseñó a su nuevo amigo cómo hacerlo. Juntos lo lograron y con mirada tierna y su porte majestuoso que inspiraba respeto entre los animales, el búho, descendió suavemente, batiendo sus alas con elegancia, y los observó con una mezcla de orgullo y alegría. Al regalarles la pluma mágica, les confió no solo un objeto, sino también la responsabilidad de cuidar el espíritu de amistad que hacía especial al bosque. Ellos siguieron su camino y el búho permaneció, noche tras noche, como un guía silencioso y su presencia recuerda a todos que la verdadera magia vive en el trabajo conjunto, la esperanza y la bondad compartida bajo el cielo estrellado. Ya habían superado dos de los tres desafíos y estaban algo cansados. Se recostaron en el pasto y Lola

se alarmó pues ya había pasado bastante tiempo y supuso que los padres de Paco estarían preocupados por su ausencia.

—¡Te van a regañar tus padres Paco, pues has estado mucho tiempo alejado de tu casa! Le dijo preocupada. Paco se levantó súbitamente y se puso muy nervioso, pues en verdad sus padres le reprenderían y quizá ya no lo dejarían volver al bosque. —¿Qué hago? ¿No puedo dejarte sola? Mejor ponte de pie y terminemos el último desafío para que puedas obtener tu tronco de árbol especial. — Le contestó Paco apresurando el paso para llegar a donde se encontraba la última prueba, la cual consistía en encontrar a una ardilla traviesa, que se escondía entre los árboles. La identificarían porque siempre andaba saltando y en una de sus patas colgaba un cordón dorado. Las ardillas de aquel bosque eran criaturas diminutas y chispeantes, con colas largas y esponjosas que ondeaban como banderas al viento cada vez que brincaban de un tronco a otro. Sus ojos, vivaces y llenos de picardía, reflejaban la luz del sol filtrada por las copas de los árboles, y su pelaje, aterciopelado y cobrizo, se confundía a veces con las hojas secas y las ramas. Había ardillas grises y rojizas, algunas tan ágiles que parecían volar con sus saltos, y otras tan curiosas que se asomaban a observar a quienes cruzaban sus dominios. Siempre andaban ocupadas: recolectando bellotas, jugando a las escondidas o inventando travesuras para desafiar a quienes buscaban sus tesoros ocultos. A pesar de su espíritu travieso, eran criaturas generosas y protectoras del bosque. Ganarse la confianza de una ardilla era todo un reto, pero quienes lo lograban recibían regalos únicos: ramitas especiales, nueces doradas o, a veces, la promesa de nuevas aventuras bajo el refugio de los árboles más emblemáticos y antiguos. Paco usó sus oídos y Lola sus ojos brillantes. Buscaron por todos lados y, finalmente, la vieron saltando detrás de una roca. —¡Allí está! —gritó Lola. Paco corrió y, con cuidado, invitó a la ardilla a salir. La ardilla les sonrió y les

entregó el cordón dorado el cual traía una llave que les permitió abrir la puerta de un magnífico tronco de árbol, revelando un refugio extraordinario, único en todo el bosque.

La casa del árbol no era solo una construcción hecha de madera: era el corazón vivo del bosque, donde la magia y la naturaleza se mezclaban en cada rincón. Se encontraba suspendida entre las ramas más antiguas de aquel roble gigante, cuyas raíces profundas protegían el bosque y sus habitantes. El tronco, hueco y amplio, estaba tallado con delicados relieves de hojas, animales y estrellas, que brillaban en la oscuridad gracias a pequeños cristales escondidos entre la corteza. Subiendo por una escalera en espiral formada por raíces entrelazadas, los niños llegaban a la puerta, adornada con el cordón dorado que les entregó la ardilla. Al cruzar el umbral, la luz cálida de las luciérnagas iluminaba cada esquina. La sala principal tenía paredes cubiertas de musgo y flores silvestres, con ventanas redondas por donde la brisa entraba suave y los rayos de luna bailaban cada noche. El techo era tan alto que parecía fundirse con el follaje, y de él colgaban plumas mágicas que flotaban lentamente, cambiando de color según el estado de ánimo de quienes habitaban la casa. En el centro, una mesa hecha de ramas retorcidas guardaba secretos: al tocar su superficie, aparecían dibujos de aventuras pasadas. Un tapete de hojas secas invitaba a sentarse junto a una pequeña chimenea de piedras lisas, donde nunca faltaba el calor ni las historias. Un rincón estaba dedicado a la creatividad: estantes llenos de bellotas pintadas, ramitas especiales y nueces doradas que habían colocado las ardillas. Allí, Paco y Lola podrían inventar juegos, escribir cuentos y preparar nuevas aventuras para compartir con quienes visitaran el árbol. El dormitorio era sencillo, pero mágico. Una pequeña cama hecha de ramas flexibles y hojas suaves estaban alineadas junto a un ventanal por donde se podía observar el bosque entero. Cada noche, las luciérnagas formarían constelaciones sobre la cabeza de Lola, convirtiendo

los sueños en promesas de nuevas jornadas. La casa del árbol era mucho más que un premio. Representaba el esfuerzo, la colaboración y el cariño que unían a Paco y Lola, y a todos los animales del bosque. Con cada visita, la casa se llenaría de risas y nuevas historias, recordando que la verdadera magia está en la amistad y el trabajo conjunto.

Lola no daba crédito a lo que observaba y cuando corrió para abrazar a Paco en agradecimiento vio que a lo lejos se acercaban muchas personas que traían antorchas. Era el pueblo entero que se había propuesto salir a buscar a Paco, quien ya tenía bastantes horas fuera de casa y sus padres preocupados morían de tristeza pensando que algo malo le había sucedido. Eran todos los aldeanos, viejos y jóvenes, niñas y niños que también se habían preocupado por que el rumor se había expandido por toda la comarca. Pero lo realmente extraño fue ver a una anciana de piel tostada que caminaba sosteniéndose por un pedazo de madera, apenas podía caminar, pero no quiso dejar de apoyar en la búsqueda y cuando por fin pudo llegar al sitio donde estaban los niños, sintió calosfríos al ver a Lola quien era exactamente igual a ella cuando niña.

Se armó una gran confusión, los padres de Paco lo abrazaban y le revisaban su cuerpo mientras que, desde lo alto de un árbol, el sabio búho sonreía satisfecho. El niño albino se sintió feliz al ver que todas las niñas y niños del pueblo mostraban interés por él. Los invitó a que pasaran a conocer la casa de su amiga y todos felices, entraban y salían del árbol mientras que Lola nerviosa se acercaba a la anciana con quien se identificó inmediatamente y al decirle el nombre de su padre, brotaron lágrimas que caían mojando el frío pasto y devolviéndole a Lola las ganas de seguir viva. La anciana la abrazó con ternura y al mismo tiempo repetía el nombre del padre de Lola. Ese despiadado hombre era su hijo, quien

siempre se avergonzó de ella por el color de su piel, razón por la que desde muy joven se fue del pueblo donde tiempo después naciera Paco, su nuevo amigo.

Con todos los retos superados, y la certeza de que Paco era un niño muy apreciado por todos en aquel pueblo y Lola bajo el regazo de su abuela paterna celebraron bajo la luz de las luciérnagas. Paco y Lola contaron cómo habían trabajado juntos, aprendiendo que la amistad no depende de cómo somos por fuera, sino del respeto y la confianza que crecemos por dentro. Aquel árbol se convirtió en el sitio favorito de los dos niños y poco a poco se fueron sumando otros más, así que cada fin de semana hacían fiesta donde los invitados especiales eran la vieja luciérnaga, el búho sabio y la ardilla traviesa. Fue en el primer encuentro donde la luciérnaga mayor habló frente a todos: —Hoy celebramos que la verdadera amistad se construye con respeto, paciencia y alegría. Paco y Lola demostraron que, aunque sean diferentes, pueden ser grandes amigos y lograr cosas maravillosas juntos. Las estrellas brillaban más que nunca esa noche, mientras que Paco y Lola se prometieron ser amigos para siempre.

EPÍLOGO

Desde entonces, en el bosque de las colinas verdes, cada animal aprendió que la amistad es un tesoro valioso. Paco y Lola se convirtieron en leyenda, y su historia se contaba en cada rincón, recordando a todas las personas que, con un poco de confianza y colaboración, se puede superar cualquier reto. También, a raíz de la presencia de ese sabio búho, comenzó a tomarse su imagen como símbolo de la sabiduría que, a la fecha, ha prevalecido en el mundo entero. Y así, el bosque nunca volvió a ser el mismo, ahora era un lugar donde la amistad unía corazones, y cada día era una nueva aventura.